

Las contradicciones de Allende

Político dueño de una locuacidad inimitable y parlamentario hábil en las negociaciones, fue incapaz de ejercer un liderazgo que controlara a la coalición que lo apoyaba, impulsó una revolución sin los consensos necesarios y no pudo articular un acuerdo con la oposición para superar la crisis institucional más grave de la historia reciente de Chile.

EQUIPO ACTUALIDAD NACIONAL

Los preparativos con los que La Moneda quiere conmemorar los 30 años del Golpe Militar, marcados por una fuerte reivindicación de la figura del ex presidente Salvador Allende, abrieron la puerta a un tenso debate que, a más de dos décadas de que se fundara la Concertación, continúa generando una fuerte polémica en las filas oficialistas, y que, por lo mismo, se había logrado mantener al margen.

Hasta el año pasado había prevalecido la idea de recordar el quiebre de la democracia con una sencilla liturgia en la capilla de La Moneda. Una suerte de pacto tácito -según señalan ex personeros de la Concertación que se desempeñaron en Palacio- que tenía la virtud de evitar tensiones en el seno del oficialismo. Las mismas que reflataron con intensidad -especialmente en la DC- cuando se hizo oficial la intención del presidente Ricardo Lagos de reabrir además la puerta de Morandé 80 y dar curso a una serie de actividades centradas en la figura del extinto mandatario, con un claro sentido de homenaje y reivindicación de su figura.

Con ello revivió los controvertidos diagnósticos de las colectividades de la Concertación respecto a la valoración política e histó-

rica de los mil días de la Unidad Popular. Pasiones que el propio Lagos intentó detener el miércoles 27 al ordenar a los miembros de su gabinete asistir al acto conmemorativo del día 11 de septiembre para dar una señal de unidad, concentrando los homenajes al ex gobernante el día 10. Pero si logró zanjar la discusión a nivel ministerial, estuvo lejos de calmar el tenor del debate subterráneo que agita a las filas de gobierno por estos días, que no hace sino reflejar que, a tres décadas del derrumbe de la administración allendista, las lecturas sobre el tema siguen corriendo absolutamente por senderos distintos.

LOS CONTROVERSIALES MIL DÍAS

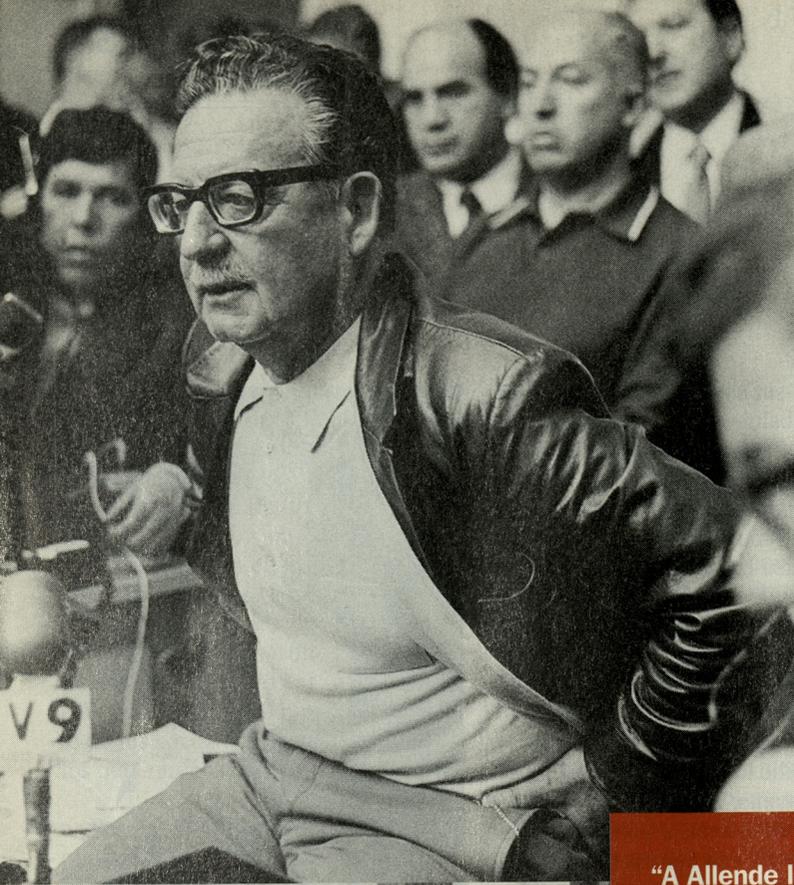
Ni 20 años de alianza política entre el PS y la DC, ni tres gobiernos consecutivos de la Concertación, han logrado aunar criterios en la actual coalición respecto de las características que explican el negativo desempeño de Salvador Allende en La Moneda.

Una pieza fundamental de las discrepancias en las miradas políticas ha estado fuertemente marcada por la propia personalidad del ex mandatario y, más aún, por su decisión de abandonar muerto el palacio gubernamental. "La figura de Allende merece una consideración histórica porque prefirió morir que abandonar La Moneda. Tenía una gran capa-

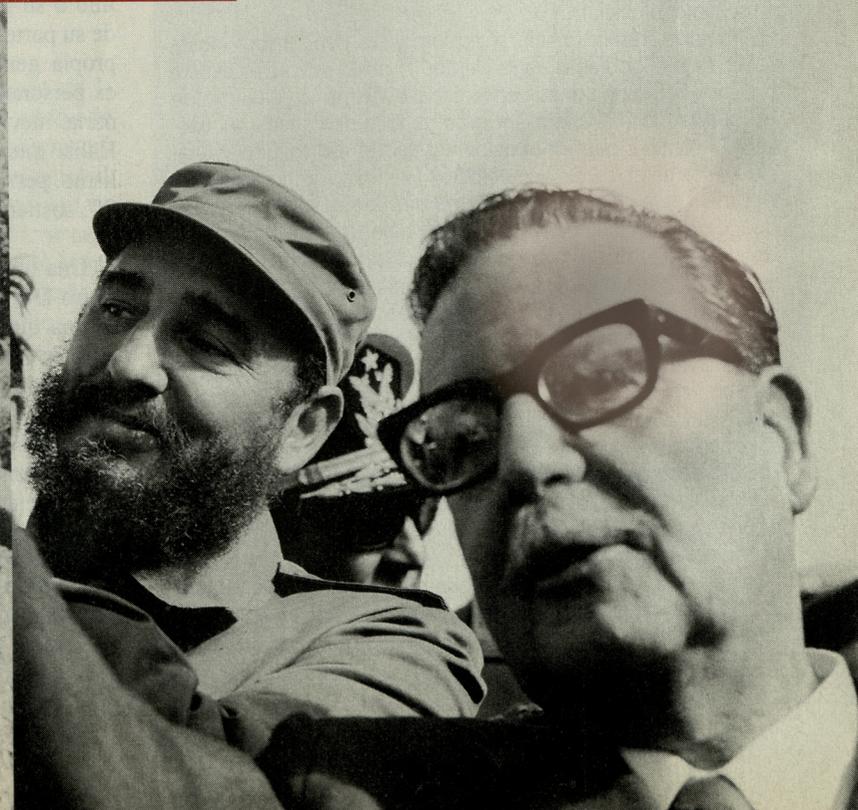
cidad de oratoria y, humanamente, mucha generosidad, pero no tenía condiciones para dirigir a una coalición de partidos", afirma el senador DC Gabriel Valdés.

Es verdad que la imagen de un presidente acorralado por las presiones de sus propios correligionarios (el PS) y compañeros de coalición (el PC y los radicales, más otros grupos de izquierda) es una de las características más fuertemente posicionadas en el imaginario nacional e internacional. Pero para buena parte de la dirigencia falangista, y ciertamente de la derecha, esta imagen dista bastante de eximir de responsabilidades políticas al ex gobernante. "Yo le dije a Allende, a un mes del golpe, que su gobierno terminaría en eso. No se enojó, pero si hubiese tenido más carácter, habría salvado la situación, aplicando un viraje profundo a su gobierno y habría contado con la ayuda necesaria para ello", recuerda el mismo Valdés.

El propio Allende no estaba en la línea de endosar responsabilidades a sus subalternos. Y para varios personeros del socialismo, el haber optado por el suicidio fue la señal más explícita de esta profunda convicción. El extinto mandatario había perseguido con demasiado tesón el sillón presidencial -fue cuatro veces candidato- para abandonar su tarea a medio camino. En la historia está la impronta del ávido captador de



“A Allende le tocó dirigir un gobierno muy contradictorio. No logró enfocarse hacia el centro (la DC) y tampoco pudo seguir la línea que él quería, pero tampoco la contraria. El resultado fue que el país enfrentó un grave problema de gobernabilidad”, señala el ex ministro Enrique Correa (PS).



Los usos de Allende

ALFREDO JOIGNANT *

*DIRECTOR (S) DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA, INSTITUTO DE ASUNTOS PÚBLICOS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

“Conmemoración” de una fecha; “celebración” de una gesta liberadora; “interpretación” de tres décadas de historia de Chile, con todas las obsesiones por introducir cortes temporales en el flujo de acontecimientos distinguiendo “fases”, “ciclos” o “períodos”; infinidad de “duelos” individuales por la pérdida de seres queridos; múltiples expresiones de “regocijo” por la desaparición de amenazas fantasmales a la libertad. Son innumerables las posibilidades de ejercicio de la memoria individual o colectiva en torno a una fecha (el 11 de septiembre como exordio o como epílogo) o sobre 30 años de historia. Como suele ocurrir en momentos conmemorativos de hechos que fracturan a una sociedad, las élites políticas e intelectuales chilenas reemprenden sus clásicas luchas, esta vez para resaltar, matizar o silenciar tal o cual definición de lo ocurrido y sus efectos.

En el centro de estas luchas, emerge con inusual fuerza histórica la figura del presidente Salvador Allende, con todas sus contradicciones y complejidades. Del mismo modo que con la fecha de su muerte o con la historia de tres décadas que en ese momento se inicia, las interpretaciones, retraduccion y los usos de Allende se multiplican y diversifican, llegando incluso a producir efectos políticos en el presente. Las recientes declaraciones del senador Andrés Zaldívar, junto al freudiano “lapsus” del ex presidente Aylwin, que lo llevó a sugerir un comportamiento golpista por parte del ex presidente Frei Montalva, la esperable defensa de este último por su familia, así como la posición adoptada por la mayoría de la elite política de la DC, resistiéndose a asistir a homenajes políticos al extinto presidente, expresan de modo fascinante los pequeños y grandes desplazamientos respecto de las características de la oposición al gobernante de entonces y de los orígenes del golpe, reconociendo y desconociendo confusamente culpas y responsabilidades en su materialización.

Ciertamente, resulta difícil, si no imposible permanecer indiferentes ante el gobierno de la Unidad Popular, cuya sólo evocación provoca espontáneamente rechazo visceral en algunos (de allí la connotación vulgar cargada de falta de higiene del upeliento), mientras que en otros se destaca la radicalidad y justicia de los cambios en democracia. Sin embargo, la figura de Allende tiende a imponerse hoy en día de modo menos ambiguo, un poco a la manera del “Che”, quien terminó transformado en verdadero ícono (aunque no necesariamente político), tal vez a causa de la espectacularidad y elocuencia de su acción final en el clímax del “golpe”, de lo cual se ha hecho profusamente eco la televisión chilena a través de sus reportajes. Ello no ha impedido que en torno a él se ciernan los más variados usos de izquierda, destacando contradictoriamente su compromiso democrático, su impronta revolucionaria, su mesianismo, su reciedumbre moral y su hombría política.

Lo sorprendente es apreciar cómo una figura política de hace 30 años logra suscitar los más variados usos y despertar tantas pasiones, producir efectos políticos en el presente, obligando a tomar posición a favor o en contra a menudo con vacilación e incomodidad, haciendo olvidar que el suicidio de Allende era la expresión de una derrota política de proporciones históricas, lo que significa que la amnesia del colapso de la izquierda fue su más duradero triunfo.

votos que -sin embargo- fue incapaz de asumir globalmente su propia investidura para marcar los tiempos de su gobierno, sumiendo al país en la más profunda de las crisis. “A Allende le tocó dirigir un gobierno muy contradictorio. No logró enfocarse hacia el centro (la DC) y tampoco pudo seguir la línea que él quería, pero tampoco la contraria. El resultado fue que el país enfrentó un grave problema de gobernabilidad”, señala el ex ministro Enrique Correa (PS).

Las habilidades personales del fallecido gobernante, a ojos de buena parte de la DC, estuvieron a años luz de la falta de energía con que manejó el rumbo de su administración. “Como líder político, tuvo una repercusión extraordinaria. Pocas veces en la ONU se vio un nivel de asistencia y aplausos como los que recibió Allende cuando fue a dar su discurso ante la Asamblea General; era dueño de una locuacidad tremenda”, acota Valdés.

Sin embargo, no logró traspasar esas aptitudes a un estilo de conducción firme y resuelto. “La velocidad que imprimió a su gobierno y la falta de acción de su parte fue evidente incluso entre su propia gente, como lo han reconocido ex personeros de la UP, algo que terminaría inevitablemente en una ruptura. Había mucho de romanticismo e idealismo, pero claramente fue una catástrofe”, sostiene Valdés.

Una opinión similar es la del ex ministro DC Edmundo Pérez Yoma, quien afirma que “había una gran contradicción en Allende. Por una parte está el sentido democrático del parlamentario y por otro el del revolucionario. Esto es lo que no le permitió tener claridad para tomar decisiones, sumado a la presión que ejercían los partidos que lo apoyaban”. Este último punto es ratificado por el senador Jorge Lavandero, para quien “el PS, MIR, Mapu y PC fueron los que impidieron que Allende tomara decisiones, y a él le faltó firmeza”.



UNO DE LOS RASGOS más característicos de Allende fue su soledad, la misma que simbolizó el 11 de septiembre de 1973 al suicidarse en medio de los bombardeos a La Moneda.

Un rasgo distintivo de Allende, en opinión de quienes lo conocieron, fue su soledad. “Nunca logró ser el líder del PS. Fue una figura más bien solitaria, que vivió en una parte de la historia que fue muy complicada: en plena guerra fría, con Fidel Castro desarrollando su revolución en Cuba, una juventud chilena muy rebelde, un Partido Socialista que abandonó su tradición democrática y una convivencia con regímenes militares en países vecinos como Argentina, Brasil, Uruguay y Perú. Pensó que podía poner en marcha una revolución social en esas condiciones, desconociendo la fuerte tensión que existía entre Estados Unidos y la Unión Soviética”, explica el senador Valdés.

EL MEA CULPA DEL PS... Y DE LA DC

Allende estuvo solo. Algo sobre lo cual los propios líderes socialistas han hecho un fuerte *mea culpa*, concien-

1789-4

Un revolucionario convicto



GONZALO ROJAS *

HISTORIADOR

tes de lo que fue su propio desempeño en la Unidad Popular. "Fuimos incapaces de evaluar el cuadro de crisis interna y externa en el que se dio la experiencia socialista. Radicalizamos la acción y el discurso sin prever las consecuencias", afirma el presidente del PS, Gonzalo Martner. "Pero pagamos con sangre las consecuencias de esta historia, porque para nosotros esta experiencia está lejos de ser una deliberación académica... yo no sería presidente de los socialistas si estuvieran vivos los que murieron entonces", remata.

Pese al juicio marcadamente crítico que la DC mantiene del gobierno de la UP, tan expuesto en estas semanas, el ex diputado Luis Pareto -quien conoció muy bien a Allende, porque ambos tenían casa muy cerca el uno del otro en Algarrobo- reconoce que a la falta de firmeza del ex presidente para superar la profunda crisis que se vivía, se sumó la intransigencia de todos los partidos políticos, incluido el suyo, por buscar una salida. "Él debió darse cuenta que no podía apurar el proceso, no podía impulsar su 'revolución a la chilena' porque el país no estaba preparado. El 'avanzar sin transar' lo perjudicó. Ahí creo que le faltó visión, pero todos fuimos intransigentes y eso también es nuestra responsabilidad", indica.

Las dificultades que enfrentó Allende para controlar a quienes lo acompañaron en la llamada "vía chilena al socialismo" son una de las claves de su controversial paso por La Moneda. Sin embargo, más allá de las responsabilidades históricas asumidas por los partidos de la UP, en el propio socialismo queda espacio para distinguir los claroscuros de lo que fue la actuación del ex mandatario.

"Allende no fue capaz de seguir sus propias intuiciones y de reconocer su reformismo. Debí señalar 'soy reformista ¡y qué!'" acota el senador socia-

lista Carlos Ominami.

La vorágine en la que se vivieron los mil controversiales días de Allende mucho tuvo que ver con el explosivo clima generado por sus medidas, especialmente económicas, como con las reacciones que se desprendieron de ellas. Un desabastecimiento generalizado, tomas de campos e industrias por parte de grupos de izquierda revolucionarios, hiperinflación, el desconocimiento de los fallos judiciales, fuertes desórdenes sociales y un decidido boicot impulsado por amplios sectores políticos y económicos, sellaron su destino como presidente de Chile.

Quienes lo conocieron no dudan en señalar que otro de los rasgos más emblemáticos de su personalidad fue un carácter más bien templado, afin a las negociaciones, como lo demostró su trayectoria parlamentaria de 25 años. "Fue el PS, con Carlos Altamirano a la cabeza, el que no dejó que Allende llegara a la solución democrática de un plebiscito, y él no quiso contrariar a los partidos que lo apoyaban, porque tenía miedo de terminar gobernando solo", señala Pareto.

Pero también hubo otro rasgo de la personalidad de Allende: un profundo sentido del papel que le correspondió asumir. Y que asumió con tranquilidad, tal como lo evidenció la serenidad de sus palabras pronunciadas el 11 de septiembre, en medio del fragor del bombardeo a La Moneda y pocos momentos antes que optara por el suicidio. Una decisión que, para muchos, convirtió al villano en un héroe. Al hombre en un mito. Y cuyo gobierno, desastroso bajo todos los parámetros, fue convenientemente eclipsado por la figura que emergió de un Palacio de La Moneda envuelto en llamas y un presidente que salió de éste sin vida en una camilla. Precisamente la imagen que tres décadas después se va a homenajear en el mismo lugar.

Un libro reciente de Joaquín García-Huidobro y Miguel Orellana presenta miradas tan distintas a Salvador Allende, que está publicado como dos-en-uno y debe leerse por caras diferentes. Antes, Víctor Farías había sugerido las tres almas de Allende. Cunde el desconcierto entre partidarios y detractores, porque la complejidad humana da para esos matices y esas contradicciones. Pero el verdadero Allende está de tal modo capturado por sus dichos y hechos, que de tres o dos quedan... sólo uno. El único, el revolucionario elegante y sutil, pero ante todo, revolucionario convencido; y ante la historia, convicto. Corría el año 1953. Poco después de la muerte de Stalin, el senador socialista se desahogaba: "Stalin fue para el pueblo ruso, bandera de revolución, de ejecución creadora, de sentimiento humano agrandado por la paternidad; símbolo de paz edificante y de heroísmo sin límite (...) pero por sobre todos estos aspectos... están su fe inmensa en la doctrina de Marx y Lenin, su irrevocable conducta marxista."

Y aunque después Allende no insistió en su amor por Stalin, el futuro presidente se mantuvo siempre fiel al comunismo y a sus sedes. "El PC es el partido de la clase obrera; el PC es el partido de la Unión Soviética, el primer Estado socialista del mundo; y quien quiera formar un gobierno socialista sin los comunistas, no es un marxista; y yo soy marxista," afirmaba convencido. Incluso, en 1972, no sorprendía a nadie al reconocer que se encontraba en la URSS "como viejo amigo", y la llamaba "nuestro hermano mayor."

Además, años antes, en 1967, había consolidado su relación con la revolución cubana, asistiendo en La Habana a la reunión fundacional de OLAS, controlada por el gobierno castrista; y en el famoso Congreso de Chillán había sostenido que se requería de un partido "más duro y más fuerte, más dinámico en su acción, con conciencia revolucionaria y con capacidad política," para afianzar la futura UP y llegar a los debidos acuerdos con los comunistas.

Por eso, no extraña que entrevistado por Regis Debray, Allende no vacilara en afirmar que "evidentemente... nosotros partimos del hecho esencial de la lucha de clases... y nosotros, psicológicamente, estamos preparados para ello (la guerra); no te quepa la menor duda." Y después, que en su tercer mensaje presidencial no hiciera referencia alguna a una supuesta vía pacífica al socialismo, de la que a esas alturas no quedaban ni rastros. En realidad, la "vía chilena" estaba muerta aun antes de haber nacido, porque nada la diferenciaba esencialmente de una vía leninista o de una vía castrista. Efectivamente, para ese entonces, Allende, tal cual lo afirmara en el Congreso Patricio Aylwin, simplemente "hacía lo que se le daba la gana."

Allende stalinista y vinculado al PC; Allende castrista, entusiasmado con su régimen; Allende, el de la "vía pacífica hacia el socialismo". ¿Cuál era el verdadero? Sus dichos y sus hechos lo confirman: ante la historia... un revolucionario convicto.